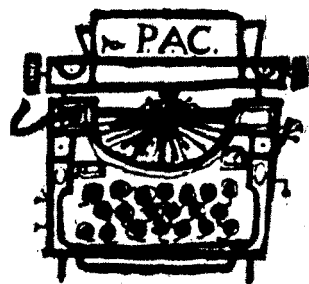


escrito a máquina

“COMETA DE RAMOS TRISTES.”



Desde las edades más remotas, el hombre ha creído leer en los cometas los signos de los tiempos.

Esa irrupción de un astro desconocido y fugaz en el concierto matemático y en el ritmo eterno del firmamento, sorprendió y angustió siempre a los humanos. La sorpresa y el miedo desatan la imaginación y así, en la cauda de los cometas el hombre creyó ver, cifradas, predicciones de acontecimientos excepcionales fastos y nefastos: guerras, desastres, pestes, grandes hechos políticos, nacimientos de hombres extraordinarios y de héroes o muertes. Balaam profetizó “una estrella sobre Jacob” que vieron luego los caldeos sobre Belén. Alejandro leyó su imperio en la cola luminosa de un cuerpo celeste. Brunetto Latini, en el mismo infierno, recuerda el cometa (“la estrella preñada de virtud”) que presidió el nacimiento de Dante. Cuento esto, no porque yo crea en astrologías, sino porque esta vez, sin necesidad de leer el “LIBER ASTRONOMICUS” de Guido Bonatti, o los escritos de Tolomeo, no hay duda que tuvimos el “COMETA DEL SIGLO”. A tal siglo, tal cometa. A un siglo de estafas, una estafa de cometa. A un tiempo de frustraciones y de mentiras, una frustración y una mentira de cometa.

Se nos dio el “cometa de ramos tristes” del poema de Coronel Urtecho. El fenómeno que se anunció con el brillo de cuarenta lunas y cubriendo un cuarto de cielo con su cauda, resultó un microbio celeste con una flaca y pegajosa cola entre las piernas. Pero —para ser fiel con su misión astrológica— no podía comportarse de otra manera. Era el cometa de Watergate, la gran estafa a la democracia norteamericana; era el cometa de las cintas de Nixon candorosamente desaparecidas en el momento de mayor expectación.

Era el cometa de Chile con su cola de sangre: la criminal estafa del militarismo que dice actuar como salvador de su pueblo y lo que hace es pisotear su libertad; que dice cumplir con el deber y fusila el Derecho. Era el cometa de la paz de Vietnam y de la paz de Israel —dos estafas de paz.— El cometa de la gran inflación. El cometa de la gran crisis del petróleo... Y el cometa nuestro.

Porque no hay duda que el Kohoutek es el cometa de “la Reconstrucción y la Esperanza”, las dos palabras más frustradas del léxico nicaragüense.

Algunos pueblos antiguos creían (y no dejaban de tener fundamento científico) que los cometas eran bolas de una niebla formada por los materiales antiquísimos del caos inicial. No hay duda que buena parte del caos que transportaba el Kohoutek cayó sobre Managua. Porque nadie sabe todavía a ciencia cierta, cuáles son los lineamientos de esta “reconstruc-

ción” amorfa y loca. La ciudad sigue haciéndose sola, sin planificación, sin diálogo. En vez de aprovechar la oportunidad única, que tan dolorosamente nos deparó la historia, de levantar una capital-modelo, una urbanización plenamente adaptada a las condiciones geológicas, geográficas, políticas y vitales del nicaragüense, estamos dejando crecerse una ciudad sobre ruedas (cara y extranjera a sí misma), deshumanizada, estructuralmente clasista y marginadora, llena de islas y de aberraciones urbanísticas que, a medida que se cometen hacen más difícil o costosa su rectificación.

Eso es lo que se ve, a la luz caótica del cometa —y a más de un año del terremoto— de la sonada “Reconstrucción y Esperanza”. Pero hay algo que no vemos. De igual modo que el Kohoutek, según un científico del Skylab, ocultó su cola envolviéndola en una sustancia gomosa que han llamado “Packerita”, en Nicaragua se dictó una ley para convertir en invisible la cola de ciertos negocios que se realizan a la sombra del Poder.

Puede uno resistirse a creer en señales astrológicas, pero esta vez el cometa de las frustraciones, llevaba escrito en su cauda, todos los signos de nuestro desgraciado acontecer nicaragüense. Pasado su perihelio, cuando volvió a decirse en esta semana que el cometa encendería —¡al fin!— su regateada luminosidad, el fracaso fue todavía mayor. Fue la inflación de la inflación, un signo nefasto más que nos dejó a su paso. Porque, también nosotros, a su imagen, no sólo hemos soportado la inflación o alza del costo de vida en sus niveles mundiales, sino que la han aprovechado unos cuantos especuladores para una operación de usura sin límites. El alza de precios en Nicaragua es descomulgada en proporción con el alza mundial. Leyendo estadísticas publicadas en Costa Rica somos el país de Centroamérica que ha dejado levantar los precios a niveles más altos. Incluso artículos de los cuales nosotros somos productores, están más caros aquí que en los países que los adquieren. En vez de tomar medidas reguladoras (como lo han hecho Costa Rica o Panamá, por ejemplo), en vez de refrenar la especulación y mantener la escalada de los precios en sus términos reales e inevitables, hemos inflado esos términos (haciendo negocio con el hambre) sin importarnos que el paciente y sufriente de esta nueva catástrofe económica sea un pueblo que no ha visto el sol claro durante dos años de sequía y destrucción.

¡Ciertamente, ha cruzado nuestro cielo un cometa de ramos tristes!

PABLO ANTONIO CUADRA